

EL ESPACIO Y EL TIEMPO DE LOS LÉMURES

(Sobre *El tiempo de los lémures* [1] de Daniel Bernal Suárez)

Por Antonio Arroyo Silva

Linneo nos dijo en el siglo XVIII que en la selva de Madagascar había unos primates extraños a los que llamó lémures en honor a esos espectros o espíritus de la muerte de la mitología romana. Nuestro naturalista conocía los hábitos nocturnos y el aspecto fantasmal de lémures y loris, así como sus movimientos silenciosos por la noche, sus también fantasmales ojos reflectantes y sus gritos. Es posible que los pobladores malgaches le contaran algunas leyendas que hablaban de los lémures como las almas de sus antepasados. Estando familiarizado con los trabajos de Virgilio y Ovidio y sus referencias a la Lemuralia o festival de Lemuria, y viendo una analogía que encajaba en su esquema de nomenclatura, Linneo inaugura en la habitación del lenguaje un mono pre-gramático que se quedó en los comienzos de la creación.

Ahora Daniel Bernal Suárez nos trae *El tiempo de los lémures*. Aunque a los lémures se les confunda con primates ancestrales, dice la ciencia antropológica que los primeros homínidos no evolucionaron de ellos.

Respecto al tema que nos ocupa, los homínidos gramaticales, dice Octavio Paz [2]:

Hay que destejer (otra metáfora) inclusive las frases más simples para averiguar qué es lo que encierran (más expresiones figuradas) y de qué y cómo están hechas (¿de qué está hecho el lenguaje? Y, sobre todo, ¿está hecho o es algo que perpetuamente se está haciendo?). Destejer el tejido verbal: la realidad aparecerá. (Dos metáforas.)

[pp 481-482]

El punto de partida de *El mono gramático* es una visión profundamente pesimista frente al lenguaje, propia de la literatura moderna, propensa a cuestionar su propio material lingüístico. En este libro Paz nos habla de un delirio erótico cercano al Ramayana a que nos lleva su desconfianza ante el pensamiento analógico entre la realidad y su forma de interpretación. El Gran Mono Hanuman se adentra en la maleza,

que es la realidad externa del lenguaje para llegar a otras concepciones, a otras perspectivas, pues recuperar la fe en la analogía mencionada supone establecer un nombre propio para cada realidad y, por tanto, el caos. Así lo establece Penélope Cartelet [3] en su ensayo «El redescubrimiento del lenguaje: Teoría y práctica poética en *El Mono Gramático* de Octavio Paz». Sin embargo, reconocidos los planteamientos de Daniel Bernal, nos encontramos *ahora*, en este poemario, en un tiempo y un espacio anteriores a la percepción al lenguaje (tanto polifémica como poliédrica), en ese momento del balbuceo e inicio de la interpretación de la realidad a través de los ojos. Ya no Polifemo ni Hanuman. He aquí la nueva *religión* del texto de nuestro joven autor. Consecuencia, claro está, de estas vías y de otras más actuales que ya el poeta Yeray Barroso comenta en anterior reseña.

La mirada de asombro de un ser primigenio apenas evolucionado como el lémur. Esos ojos brillantes como faros, las vocalizaciones estrepitosas que emiten en las noches selváticas. Y lo más complicado: que nuestro poeta, sin dejar de lado al Gran Mono paciano, logre situar su pensamiento en la mente diminuta de un lémur. Es la magia de la poesía: percibir como el otro. O como lo otro. Quizá el pensamiento se esté perdiendo en los sintagmas de ese pez solar que introduce el libro. ¿Es acaso el pensamiento discurrir sobre la fijeza del estar? Al final del mencionado poema dice Daniel:

*No hay más lenguaje que su cuerpo,
y en sus sintagmas me pierdo,
hipogrifo ardiente, en sus minutos
condecorados de delfines.*
[p 14]

¿Perdersse en qué cuerpo? Parece ser que en el tejido de la poesía, un ser vivo, una velocidad textual que viene de la espesura de una selva de lenguaje. Movimiento inverso, sinfónico, digamos. Metáfora que cobra vida en el cuerpo elemental. Metáfora o símbolo en la voz del orate lleva a la corporeidad del poema a través de un no-yo cuyos ojos brillan en la oscuridad y parecen presagiar la muerte, una vez desaparecidas las piedritas blancas del bosque de la razón antropocéntrica: el pensamiento, cuando no hay pensamiento, cuando no hay signos. Ese lamparazo en la oscuridad. Porque la única razón del sujeto poético es ver *así*, como aquel primate: «*instante lúcido brama/ barca del ser que se extravía*». Así empieza el viaje de nuestro lémur. Es el momento de que

las balsas de vegetación favorecen la dispersión hacia la isla. Y ocupan las selvas ya no de Madagascar, sino del texto que va hilando el poeta lemúrido:

*y tú te abres como fruto pudoroso
que horada el oleaje de la mente*
[p 17]

Nada es lo que parece, porque lo que está no es lo que es, diría T. S. Eliot más o menos en el poema «Lo que dijo el trueno» de *La Tierra Baldía*. Debajo de la luz hay un musgo selvático, una humedad callada, pero tensa que nos llama al delirio. Y ahí es donde radica el pozo de la verdadera claridad: donde el roce de los senos, donde el tacto tiene ojos. Una primera parte en la cual, más que esa analogía paciana aludida, habita lo sinestésico. No por la confusión de los sentidos que, dicen los entendedores, supone, pues el lenguaje humano le da una cualidad a cada uno de ellos. Y este estado de ordenamiento es precisamente el que provoca el vacío de estas palabras atribuidas. Aquí la sinestesia es un estado natural de la misma selva que es la textualidad del poema, no un mero artificio literario, sino una palabra en constante rebeldía. La selva que todo lo corroe y lo hace nuevo, diferente. Así lo percibe el lémur, percepción deviene supervivencia. El Gran Mono piensa, sí; pero

*Bebo de un pozo de claridad. Mas anhelante indago en los musgos. Líquido consuelo de una casa edificada en las ruinas. La claridad bulle alrededor: pestañas incendiadas. Habitas el lugar de la erosión, de la leche cuajada en las orillas, bordes del relámpago invasor que tu caricia tiende en torno a mí.
Bebo de un pozo de claridad, de un nido abierto entre tus senos.*
[p 30]

Llegamos al andén de la segunda estación: aparición súbita del signo en el árbol hidratado. Exiliarse para ver y omitir las razones de ese exilio. Y, en esta orfandad espacio-temporal, aparición de los ojos encendidos del tigre. Habla la lengua de un sol que llama al sujeto poético comedor de loto. Un pez solar que descubre su artimaña de lémur. Parece aludir a cierto pasaje de *La Odisea*, cuando las naves fueron desviadas por el viento y llegaron a la tierra de los lotófagos, al nordeste de África, la isla llamada Yerba. Algunos de los marineros se aficionaron a dicho alimento y, de no ser por la intervención de Ulises, se habrían olvidado de su patria. ¿Pero cuál es la patria a la que pretende volver Daniel Bernal por esos senderos que se bifurcan? Quizá decir que

fundar esa *patria-cuerpo* en su escritura poética podría resultar pretenciosamente ingenuo o ingenuamente pretencioso verla alzarse entre los chirridos de las ramas sintácticas y las onomatopeyas de los crujidos de voces nocturnas y estentóreas. El vaho del animal que nos guía y toda esa música y contra música, signo y contra signo. Veamos-leamos en el propio texto

*quieres escribir olvido
pero la garra del lémur aprieta
entre los fuegos rituales
hay desgarradura hay cal
hay escaleras que conducen
a los sapos*

*quieres escribir olvido
y todo es grieta en la garganta
en la lengua eyaculan los dioses
sus hierbas curativas*

*no hay espacio entre los signos que no sea
nocturno surtidor de serpientes*

[p 57]

Algo nos despierta del ensueño, aunque los ojos debajo de los párpados sigan girando con su *REM, rapid eye movement*, que mencionan Jung y el poeta chileno Leo Lobos.

Todas las cosas tienen el lado luminoso y el lado oscuro. Aquí apuntamos a este último; pero ninguna estrella brilla en la claridad del día. Ningún poema esplende si su forma no guarda ese misterio de las profundidades y el pequeño hueco por donde entra el haz de un sol extrañado y volátil. Aquí en *El tiempo de los lémures* todo yace bajo la tinta y la vida, palimpsesto sobre palimpsesto que no deja espacio entre los signos. Como en las selvas malgaches, como en los bosques de Doramas que se quedaron en la escritura o en el mito.

Daniel Bernal en *Odiana*, su anterior poemario, decía:

No sé hasta qué punto mi imagen se nutre de sus contradicciones: hecho de mares, de bruma, de técnica y de no-pensamiento, reviento contra una roca y yo soy la roca; me proyecto en el aire y yo soy la sombra.

[p 44]

Dejemos el final abierto. Les digo desde ya que no van a encontrar ese descanso del guerrero a que aspira todo lector sino el comienzo de otras guerras, otras interrogaciones y otros viajes a Ítaca.

Quizás Linneo en un futuro no muy lejano, desde algún lugar de un tiempo elíptico, ya tocado por la *Crítica de la razón pura* kantiana, o desvelado por el sueño de la razón, reconozca que se equivocó. Que lo que vio realmente entre la maraña selvática, no fue un lémur sino a un joven poeta del siglo XXI indagando en su metáfora en las frías noches laguneras, lo mismo que el gran Ovidio, en las selvas de su mente, en su pequeña soledad del Helesponto.

Notas:

[1] Bernal Suárez, Daniel, *El tiempo de los lémures*, Ediciones KA. Premio de poesía «Pedro García Cabrera» 2012.

[2] Paz, Octavio, *Obras Completas I*, Galaxia Gutenberg, pp 481-482.

[3] Cartelet, Penélope, «*El redescubrimiento del lenguaje: teoría y práctica poética en El mono gramático de Octavio Paz*», Círculo de Poesía. Disponible en: circulodepoesia.com/2009/08/el-mono-gramatico-el-redescubrimiento-del-lenguaje/